

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1966 - Número 138



SEVILLA

PUBLICACIONES

DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



018

# ARCHIVO HISPALENSE

## ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA



REVISTA DE LA COMISIÓN DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS Y ARTÍSTICAS DE LA CIUDAD DE SEVILLA



Publicada por el Ayuntamiento de Sevilla, en virtud de un acuerdo del Ayuntamiento de 1911, y de un Real Decreto de 1912.

EJEMPLAR NÚM. **340**

ARCHIVO HISPALENSE

DEPÓSITO LEGAL, SE-25-1958

HISTÓRICA, LINGÜÍSTICA Y

ARTÍSTICA



Publicaciones de la  
**EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA**

DIRECTOR: MANUEL JUSTINIANO Y MARTÍNEZ

Impreso en España, en los Talleres de la IMPRENTA PROVINCIAL. — San Luis, 29. — SEVILLA

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA  
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.<sup>a</sup> Época  
Año 1966



Tomo XLV  
Número 138

PUBLICACIONES

DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL  
DE SEVILLA

# ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1966

JULIO-AGOSTO

Núm. 138

## CONSEJO DE REDACCIÓN

Excmo. Sr. D. CARLOS SERRA y DE PABLO-ROMERO, Presidente de la Diputación Provincial.—Excmo. Sr. Dr. D. JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.—Sr. Dr. D. JESÚS ARELLANO CATALÁN.—Sr. Dr. D. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA. Sr. Dr. D. ANTONIO MURO OREJÓN.—Sr. D. LUIS TORO BUIZA.—Sr. D. LEONARDO CATARINEU VALERO.—Sr. Secretario de la Diputación Provincial.—Sr. Interventor de la Diputación Provincial.

Director—Sr. D. Manuel JUSTINIANO y MARTÍNEZ.

Secretario de Redacción.—Sr. Dr. D. JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO.

Administrador.—D.ª Araceli SHAW GARCÍA.

Vicesecretario de Redacción.—Srta. María del Carmen RODRÍGUEZ LÓPEZ.

Viceadministrador.—Srta. FRANCISCA CABRERA FERNÁNDEZ.

## SUMARIO

### ARTÍCULOS

Págs.

- José Manuel Cuenca Toribio.—*El Cardenal Cienfuegos y el Jubileo de 1896. Contribución a la historia de la Iglesia sevillana* ... .. 9
- Francisco Álvarez Seisdedos, Lectoral. *El Concilio Vaticano II, Sesión IV. (Conclusión.)* ... .. 21
- Stanko Vranich.—*Carta de un ciudadano de Sevilla* ... .. 59

### MISCELANEA

- Francisco López Estrada.—*La muerte de Azorín* ... .. 81
- Pablo Antón Solé, Pbro.—*El Greco en el Hospital de mujeres de Cádiz* ... .. 85
- Ricardo Rufino.—*El imaginero Castillo Lastrucci* ... .. 91
- CRÍTICA DE ARTE, por
- Teodoro Falcón Márquez ... .. 101

### LIBROS

- Atienza, Juan G.—*Los viajeros de las gafas azules*, por L. N. L. 114
- Blanchet, L.—*Las inquietudes de Juan Luis*, por L. N. L. ... .. 122
- Blieweis, Theodor.—*Todavía hay matrimonios felices*, por L. N. L. ... .. 115

	Pág.
Bolín, Luis.— <i>España. Los años vitales</i> , por L. N. L. ... ..	118
Carr, E. H.— <i>¿Qué es la Historia?</i> , por Rafael Puertas Tricas.	123
Comellas, José Luis.— <i>Historia de España</i> , por L. N. L. ... ..	119
Díaz Hierro, Diego.— <i>Historia de la devoción y culto a Nuestra Sra. de la Cinta, Patrona de Huelva</i> , por M. J. M.	121
Fries, H. — <i>El nihilismo. El peligro de nuestro tiempo</i> , por L. N. L. ... ..	111
Gourou y Papy. — <i>Compendio de Geografía general</i> , por L. N. L. ... ..	115
<i>Historia de la civilización occidental</i> , por Luis Núñez Ladevéze ... ..	112
Leiber, Fritz.— <i>El Planeta errante</i> , por L. N. L. ... ..	117
Marcel, Gabriel. — <i>En busca de la Verdad y de la Justicia</i> , por L. N. L. ... ..	118
Moret, Michele.— <i>Aspects de la société marchande de Séville au début XVII<sup>e</sup> siècle</i> , por A. Herrera ... ..	119
Olivier, F. Daniel-B.— <i>La mujer, gloria del hombre</i> , por L. N. L.	114
Palacios, Leopoldo-Eulogio.— <i>El juicio y el ingenio y otros ensayos</i> , por M. J. M. ... ..	110
Payne, Robert.— <i>Vida y muerte de Lenin</i> , por James G. Colbert, Jr. ... ..	109
Rahner, Karl.— <i>María, Madre del Señor</i> , por L. N. L. ... ..	112
Sánchez Paredes, Pedro.— <i>La gran apostasía</i> , por Luis Núñez Ladevéze ... ..	113
Sobrequés Vidal, Santiago, con la colaboración de A. Bellsolá Rey.— <i>Historia de España moderna y contemporánea</i> , por M. J. M. ... ..	116
Torre, Guillermo de.— <i>Apollinaire y las teorías del cubismo</i> , por L. N. L. ... ..	116





# MISCELANEA



## LA MUERTE DE AZORÍN

*Cuando la muerte de Azorín (2 de marzo de 1967) estaba yo en la Universidad de Wisconsin, radicada en Madison. La noticia conmovió a todos los del Departamento de Español, dirigido por mi buen amigo E. R. Mulvihill. Azorín es en América un clásico, ya necesario en los cursos de literatura española. En una de las reuniones que por aquellos días tuvimos en el "Journal Club", leí estas páginas que eran a la vez homenaje al escritor muerto y recuerdo de su obra. Quise que fueran una evocación a la manera de Azorín, tomando esta fórmula del encabezamiento de las canciones medievales. Me oían los estudiantes de español —siembra de hispanidad—, y los hispanistas, hispanoamericanos y españoles que profesábamos en la Universidad. Allí estaban con Mulvihill, Ll. A. Kasten, continuador de los esfuerzos medievalistas de Solalinde, Francisco Aguilera, Eduardo Neale Silva, D. A. Nelson, B. Brancaforte y otros más, y la comisión del Club: A. Sánchez Romeralo, B. Ciplijauskaité, A. Sánchez-Barbudo y J. Strolle; y también este sevillano, nacido azorosamente en Yugoslavia y trasplantado en los Estados Unidos pero siempre con soledad de Sevilla, que es Stanko V. Vranich. Ahora estas páginas aparecen en el "Archivo Hispalense", tan ligado con mi Universidad de Sevilla. Nuestra función de enseñanza universitaria ---aunque no quieran entenderlo*

*los que se cierran en criterios alicortos--- está aquí y fuera, en donde quiera que se pretenda una inteligencia cultural de España, y la literatura es en esto un camino real. Las mismas palabras sirven ahora para dejar constancia del homenaje al gran escritor muerto, y las ofrezco en nombre de la Universidad de Sevilla ---que es decir también en el de los sevillanos que viven con conciencia de nuestra situación histórica, entendiéndola como una exigencia del presente en conexión con lo que fue el pasado, del que Azorín fue siempre un adivino.*

Leí la noticia en el diario "The New York Times": Azorín muerto, en los titulares, sin más. En la amplia página del periódico la vida de José Martínez Ruiz, la obra escrita y su significación en la literatura española, se apretaban en el espacio de unas líneas. Este era el criterio del periódico que encabeza la Prensa del país: las noticias tienen que resumirse y concentrarse para que digan mucho en pocas palabras... La lección del Azorín estilista parecía así aprovecharse en la necrología del diario neoyorquino. Pero la noticia, pasada por el alambique de la redacción periodística, quedaba formulada con la objetividad de un hecho más entre otros muchos, y a mí me había afectado vivamente. En mi memoria se levantó el recuerdo de tantas páginas de Azorín escritas con calma, en las que apenas ocurre nada (pero ¡qué hondura de sugerencias!), y en el periódico se quería decir mucho. Tuve que dejarlo a un lado porque la bandada de recuerdos, la emoción de la noticia, me ocultaban el horizonte del día. El ritmo poético de la obra de Azorín se me había impuesto, y no logré continuar con el empeño de saber lo que pasó de importante en el mundo en ese día. ¿Por qué me acordé ante aquella turbamulta de sucesos —noticias de Washington, París, Manila, Vietnam, Caracas, Ginebra...— de *Una hora de España*, el libro que un día ya lejano de mi adolescencia me retuvo una tarde de primavera junto a una ventana? Y como si un fuerte viento las alzara en mi imaginación, las páginas de Azorín, evocadas en mi recuerdo, se escaparon del libro, y como una larga estela de cometa llegaron hasta España, y al cabo de ellas iba mi emoción de español que lee en América que murió el último de los creadores del 98. Tuve la

impresión que una puerta se cerraba, y que algo profundo, mío y de España, acababa allí, en las líneas de la noticia.

Azorín. Tiene el nombre elegido por José Martínez Ruiz elegancia de vuelo de ave de presa bajo un cielo sereno; revolotea el azor, pero acaba el nombre en un brusco volverse sobre sí para salir disparado a lo alto, empequeñeciéndose en la distancia: Azorín. Así con mirada de azor desde las alturas, Azorín contempló la variopinta España, la Castilla de sus amores de levantino, la doliente Andalucía y tantas otras tierras; y las gentes vivientes y las de la historia y las otras, las imaginadas; el *Quijote*, que hizo suyo, los autores medievales, de los Siglos de Oro y los modernos. Desde su altitud creadora hizo que volviese para atrás el tiempo conservándole la vida, y nos mostró la quieta belleza de las horas pasadas y revividas en el testimonio de una ciudad, un pueblo, un libro viejo, que parecían muertos pero que sólo estaban dormidos. Y Azorín se convirtió así en el despertador del pasado por medio de una prosa poética de intuiciones; eran toques como los del arpa becqueriana, que habían esperado alzarse hasta que la mano de Azorín les dio expresión. Y todo como en un susurro, evitando voces y asperezas, y aún diré en paradoja, auscultando los silencios. A veces parece que leyendo a Azorín todo queda callado. Dice el pueblo entonces que un ángel pasa. En la obra de Azorín hay muchos ángeles de estos que van y vienen con el dedo en la boca en ademán de pedir silencio, e indicando graciosamente con la otra mano algo que el escritor nos muestra: una calle de pueblo con las puertas cerradas y en la que de una casa sale el cantar de una moza; un hidalgo que cabalga hacia la aldea, el tren que se aleja de la ciudad de provincias.

Azorín fue un artífice que pulió hasta lo indecible la expresión de su obra; años y años curvó la espalda frente a su escritorio, lo mismo que los maestros de los oficios que él gustaba de evocar lo hicieron en sus mesas de trabajo. Martínez Ruiz, que apuntó con el siglo, echándose al ruedo periodístico en forma juvenil y ruidosa, fue madurando y hallando ese perfil reflexivo y reconcentrado que lo define en la galería de hombres del 98. Su existir fue tan venturosamente largo que acabó por quedar anclado en el río de la vida; alcanzó lo que pocos lograron en España: ser un clásico en vida.

Pero ya no está vivo, que ha muerto en la lejana España. Más bien diría que se apagó el hombre escritor, hace ya tiempo delgadísimo y con solo la vida de una candelilla casi acabada. Su herencia es para todos: son los libros en los que durante años exprimió su sensibilidad y la fue concentrando en estas páginas de que ahora todos gustamos con el paladeo de los vinos de solera. En conjunto su obra es un arte de amar a España, su pasado en su presente,

inseparables hasta la tragedia. Por eso esta meditación de Azorín, escrita apresuradamente después de leer la noticia en el periódico, sólo puede formarse de impresiones. Voy a reunir éstas tal como se me juntan aquí, sintiendo soledad de Andalucía. Y Azorín me enseñó el camino y me formó en esta sensibilidad de un pasado que es presente —vida—, y de un presente que revive a cada instante el pasado en una interfluencia característica del ser de España. Es verano: un jardín cercado en la parte trasera de una casona vieja. Una petulante algarabía de gorriones quedó prendida en lo alto de dos palmeras, y es como si del surtidor de las ramas saltaran chispas de luz sonora, fuego artificial sobre la tarde postrimera. Alguien regó la tierra hace poco, y las flores agradecidas esparcen desde los arriates sus olores y renuevan el color. ¿Y ese toque de campanas que alborota aún más a los pájaros dicharacheros, de qué iglesia o convento proceden? Estas flores se deshojarán mañana puestas en un jarro rojizo de airosa silueta. Puede que una niña coja dentro de poco esos jazmines que se suben por la cerca, y se los prenda en el pelo; ¿acaso no pudo hacer lo mismo una niña romana, árabe, judía o cristiana con estas u otras flores en el pasado? El Musefío de la ciudad tiene cerámica y otros restos de estos pueblos. Sin saberse por qué, en un instante todos los pájaros callaron, y por la calleja cercana se oyen unos pasos presurosos. ¿De quién son, a dónde irá el hombre —¿o la mujer?— que ahora pasa por la callejuela que bordea el jardín?

Este es el camino para tantear la experiencia de Azorín: revivir sus emociones, sentir otras nuestras, dejarnos ir, abandonarnos en la realidad de esta España hacia dentro, pero que está fuera, en cualquiera de estos lugares en que se percibe agudamente su existencia, que es la de sus gentes, de las que fueron y de nosotros, todos en comunidad. Por eso es Azorín algo enteramente español, y sólo participable en nuestra lengua; las palabras tornean impresiones del más fino barro quebradizo y que no pueden traducirse a otro idioma. He de pensar lo que diré de esto a los estudiantes cuando leamos dentro de poco *Trasuntos de España*; que Azorín es como una vía interior —mejor le cae senda del alma— por donde ir hacia el conocimiento de España, para matizar su paisaje, leer sus clásicos, dar sentido íntimo a su historia y a los monumentos, las ciudades y los pueblos; y lo que más importa, desvelar el misterio de la escondida vida de sus gentes.

FRANCISCO LOPEZ ESTRADA

Madison, Wisconsin, marzo;

Sevilla, septiembre de 1967.